

Amigos, amantes
y aquello tan terrible

MATTHEW
PERRY
Amigos, amantes
y aquello
tan terrible

Traducido del inglés por Natalia Herrero Martínez



Título original: *Friends, Lovers and the Big Terrible Thing*.

© de la traducción: Natalia Herrero Martínez, 2022

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S.A.)

Madrid, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.contraluzeditorial.es

D.R. y © MMXXII G.E.P., S.A. de C.V.

Renacimiento 180, Col. San Juan Tlihuaca,

Alcaldía Azcapotzalco,

02400, Ciudad de México

Miembro de la Cámara Nacional

de la Industria Editorial Mexicana

Registro núm. 43

ISBN: 978-607-574-079-9

Primera edición, noviembre de 2022

Esta obra no puede ser reproducida, total o parcialmente,
sin la autorización escrita del editor.

Impreso en México — *Printed in Mexico*



En Hachette Livre México usamos
materias primas de procedencia
100% sustentable

*Para todos aquellos que sufren.
Ustedes saben quiénes son.*

“La mejor forma de escapar es persistir”.

ROBERT FROST

“Sólo tienes que soportarme otro día”.

JAMES TAYLOR

Contenido

Prefacio por Lisa Kudrow	13
Prólogo	16
1 La vista.....	32
Interludio: Nueva York.....	66
2 Otra generación que se va al carajo.....	71
Interludio: Matman	95
3 Equipaje	101
Interludio: Muerto.....	131
4 Como si hubiera estado ahí antes.....	140
Interludio: Zoom.....	165
5 Sin romper la cuarta pared.....	167
Interludio: Vacíos.....	208
6 Bruce Willis	209
Interludio: El cielo se desató	234
7 El beneficio de los amigos	244
Interludio: Bolsillos	269
8 Odisea.....	272
Interludio: El campamento del trauma.....	289
9 Tres no son compañía; tres lo arruinan todo.....	291
Interludio: Violencia en Hollywood	303
10 Aquello tan terrible	307
Interludio: El área de fumar.....	340
11 Batman.....	355
Agradecimientos	367
Sobre el autor	368

Prefacio

por Lisa Kudrow

—¿Cómo está Matthew Perry?

Durante los muchos años que han pasado desde que me hicieron esta pregunta por primera vez, ha sido, en distintas etapas de mi vida, la pregunta más recurrente. Entiendo por qué tantas personas la hacían: amaban a Matthew y querían verlo bien. Yo también quería verlo bien. Sin embargo, siempre me molestaba mucho cuando la pregunta venía de un representante de los medios de comunicación, porque yo no podía decir lo que realmente quería decir: “Es la historia de Matthew y yo no estoy autorizada para contarla, ¿o sí?”. Habría querido agregar: “Se trata de información sumamente personal e íntima, y, si no la escuchas directamente de la persona aludida, en mi opinión, eso es un chisme y no voy a chismear sobre Matthew contigo”. Dado que sabía que permanecer callada podía ser más perjudicial que benéfico, a veces respondía: “Creo que está bien”. Al menos eso no aumentaba el foco de atención sobre él y tal vez así po-

dría tener un poco de privacidad mientras lidiaba con esta enfermedad. Pero, a decir verdad, no estaba muy segura de cómo se encontraba Matthew. Como él mismo te contará a lo largo de este libro, mantenía su condición en secreto. Y le tomó tiempo sentirse lo bastante cómodo como para contarnos la situación que atravesaba. A lo largo de estos años, en realidad nunca traté de intervenir o confrontarlo, porque lo poco que sabía sobre adicciones era que su sobriedad estaba fuera de mis manos. Y, sin embargo, había periodos en los que me cuestionaba si estaba equivocada por no hacer más, por no hacer algo. No obstante, lo que sí entendí es que esta enfermedad se alimentaba de una forma implacable y que estaba decidida a continuar haciéndolo por mucho tiempo.

Así que me concentré en Matthew, quien me arranca-
ba carcajadas todos los días, y, al menos una vez a la se-
mana, me hacía reír hasta llorar y no poder respirar. El
verdadero Matthew Perry seguía ahí, un hombre suma-
mente inteligente, encantador, dulce, sensible, sensato y
racional. Esa persona, con todo lo que estaba enfrentan-
do, aún estaba presente. El mismo Matthew que nunca
dejó de animarnos durante la agotadora noche en que
grabamos los créditos iniciales dentro de aquella famosa
fuente.

—¡No puedo recordar un momento en el que no haya estado dentro de una fuente! ¿Acaso estamos mojados? ¡No puedo recordar un momento en el que no haya estado mojado! (Matthew es el culpable de que todos aparezcamos riendo en esa fuente durante los créditos iniciales.)

Cuando terminó *Friends*, dejé de ver a Matthew todos los días y no me atreví a adivinar cuál era su estado de salud.

Con este libro me entero por primera vez de cómo fue realmente vivir y sobrevivir a su adicción. Matthew me ha contado algunas cosas, pero nunca con este nivel de detalle. Ahora nos deja entrar en su cabeza y corazón de una forma sumamente honesta y vulnerable. Y, por fin, no hace falta preguntarme a mí o a cualquier otra persona cómo está Matthew. Él mismo lo dice aquí.

Ha sobrevivido contra todo pronóstico, pero yo no sabía cuántas veces estuvo a punto de morir. Me alegra que sigas aquí, Matty. Bien por ti. Te amo.

—Lisa

Prólogo

Hola, me llamo Matthew, aunque tal vez me conozcas por un nombre distinto. Mis amigos me dicen Matty.

Y debería estar muerto.

Si quieres, puedes pensar en lo que estás a punto de leer como un mensaje del más allá; *mí* más allá.

Hoy es el Séptimo Día del Dolor. Y cuando digo Dolor no me refiero al que se siente cuando te golpeas un dedo del pie o ves la secuela de *Un vecino peligroso*. Escribo la palabra “Dolor” con “D” mayúscula porque éste fue el peor dolor que había sentido en mi vida —era el Ideal Platónico del Dolor, el dechado. He escuchado a algunas personas decir que el peor dolor de todos es el del parto; bueno, pues éste era el peor dolor imaginable, sólo que sin la alegría de tener a un recién nacido entre mis brazos al final.

Sin embargo, no sólo era el Séptimo Día del Dolor sino también el Décimo Día de Cero Movimiento (si entiendes a lo que me refiero). No había *cagado* en diez días: ahí está, lo dije con todas sus letras. Algo andaba mal, muy mal. Éste no era un dolor sordo, palpitante, como

una jaqueca; ni siquiera era un dolor agudo, punzante, como la pancreatitis que me dio a los treinta. Éste era un Dolor completamente distinto. Como si mi cuerpo estuviera a punto de explotar. Como si mis entrañas quisieran salir de mi cuerpo a la fuerza. Éste era el tipo de Dolor que no debía tomarse a la ligera.

Y los ruidos. Válgame Dios, los ruidos. Por lo general, soy una persona bastante callada y reservada. No obstante, en esta noche en particular, gritaba a todo pulmón. Algunas noches, cuando el viento es óptimo y todos los autos están estacionados, se pueden escuchar los terribles sonidos de los coyotes destrozando algo que aúlla en las colinas de Hollywood. Al principio, parecen voces de niños riéndose muy, muy lejos, hasta que te das cuenta de que no se trata de eso, sino de las laderas de la muerte. Aunque, por supuesto, lo peor es cuando se dejan de escuchar los aullidos, porque sabes que lo que sea que haya sido atacado ahora está muerto. Éste es el infierno.

Y sí, existe un infierno. No dejes que nadie te diga lo contrario. Existe; yo he estado ahí. Fin de la discusión.

En esta noche en particular, yo era el animal. Gritaba y peleaba con uñas y dientes por mi supervivencia. El silencio implicaba la muerte. Yo no sabía cuán cerca me encontraba del final.

En aquel entonces, vivía en una casa de vida sobria en el sur de California. Esto no era ninguna novedad; he vivido la mitad de mi vida en uno u otro tipo de centro de rehabilitación o casa de vida sobria. Lo cual está muy bien cuando tienes veinticuatro años, pero no está tan bien cuando tienes cuarenta y dos. Ahora yo tenía cuarenta y

nueve años, y aún luchaba por quitarme este problema de encima.

Para ese entonces, yo sabía más de drogadicción y alcoholismo que cualquiera de los *coaches* y médicos que me encontraba en los centros de rehabilitación. Por desgracia, este autoconocimiento es inútil. Si el boleto dorado a la sobriedad se hallara en el trabajo duro y en adquirir conocimientos, la bestia de la adicción no sería más que un vago recuerdo desagradable. Tan sólo para mantenerme vivo, me había convertido en un paciente profesional. No endulzaré la situación: a los cuarenta y nueve años, aún tenía miedo a quedarme solo. A solas, mi cerebro trastornado (cabe aclarar que únicamente en esta área) encontraría cualquier excusa para hacer lo impensable: consumir alcohol y drogas. Tras décadas de mi vida arruinadas por hacer esto, me aterraba volver a caer. No tengo miedo a hablar frente a veinte mil personas, pero si me dejas solo sentado en mi sillón frente a la televisión por una noche, me asusto. Y este miedo es a mi propia mente; miedo a mis propios pensamientos; miedo a que mi mente me haga recurrir a las drogas, como lo ha hecho tantas veces en el pasado. Mi mente quiere matarme, y estoy plenamente consciente de ello. A menudo me invade un sentimiento de soledad acechante, un anhelo, y me aferro a la idea de que algo externo arreglará mis partes rotas. ¡Pero ya he probado todo lo que el mundo exterior tiene para ofrecerme!

Julia Roberts es mi novia. *Eso no importa, tienes que beber.*

Acabo de comprar la casa de mis sueños. ¡Tiene una vista panorámica de toda la ciudad! *No puedes disfrutar eso sin un dealer.*

Estoy ganando un millón de dólares a la semana. Soy un ganador, ¿cierto? *¿Quieres tomar? Por supuesto, faltaba más. Muchas gracias.*

Lo había tenido todo, pero no era más que un truco. Nada iba a arreglar mi situación. Pasarían años antes de que yo siquiera comenzara a imaginar una solución. Por favor, no me malinterpretes. Todas estas cosas —Julia, y la casa soñada, y el millón de dólares a la semana— eran maravillosas, y estaré eternamente agradecido por ellas. Soy uno de los hombres más afortunados del planeta. Y vaya que me divertí.

Pero ninguna de estas cosas era la respuesta. Si tuviera que hacerlo todo de nuevo, ¿volvería a audicionar para *Friends*? ¡Por supuesto que sí! ¿Volvería a tomar? ¡Por supuesto que sí! De no ser por el alcohol y su capacidad para calmar mis nervios y ayudarme a divertirme, hubiera saltado de un rascacielos en algún punto de mis veinte. Mi abuelo, el maravilloso Alton L. Perry, creció con un padre alcohólico, y, como resultado, a lo largo de sus noventa y seis largos y maravillosos años de vida, nunca probó el alcohol.

Yo no soy como mi abuelo.

No escribo todo esto para provocar lástima. Escribo estas palabras porque son verdad. Las escribo porque alguien más podría estar confundido por el hecho de saber que debe dejar de tomar —al igual que yo, tiene toda la

información y entiende las consecuencias—, pero aun así no puede dejar de hacerlo. Queridos hermanos y hermanas, no están solos. (En el diccionario, después de la palabra “adicto” debería aparecer una fotografía mía mirando alrededor con cara de confusión.)

En la casa de vida sobria del sur de California tenía vista al oeste de Los Ángeles y dos camas tamaño *queen*. La otra cama la ocupaba mi asistente/mejor amiga Erin, una mujer lesbiana cuya amistad atesoro porque me brinda la alegría de la compañía femenina sin la tensión romántica que al parecer ha arruinado mis amistades con mujeres heterosexuales (además, podemos hablar sobre chicas atractivas juntos). La había conocido dos años antes, en otro centro de rehabilitación en el que ella trabajaba en ese momento. No recuperé mi sobriedad en aquel entonces, pero cuando vi lo maravillosa que era en todos los sentidos, me la llevé de ese lugar sin pensarlo dos veces y la nombré mi asistente, y luego se convirtió en mi mejor amiga. Ella también entiende la naturaleza de la adicción y llegaría a conocer mis problemas mucho mejor de lo que cualquier médico lo había hecho antes.

A pesar del consuelo que brindaba Erin a la situación, yo pasaba muchas noches en vela en el sur de California. El sueño es todo un tema para mí, sobre todo cuando estoy viviendo en uno de esos lugares. Dicho esto, creo que nunca en la vida he dormido más de cuatro horas seguidas. Y, por supuesto, no ayudó en nada que viéramos documentales sobre prisiones todo el tiempo. Además de que estaba dejando las grandes dosis de Xanax que habían dañado mi cerebro a tal punto que me habían con-

vencido de que en realidad era un prisionero y que la casa de vida sobria donde me encontraba era una prisión de verdad. Tengo un psiquiatra cuyo mantra es: “la realidad es un gusto adquirido”. Bueno, pues para ese entonces yo ya había perdido tanto el gusto como el olfato por la realidad, tenía COVID del entendimiento; vivía en un delirio constante.

Sin embargo, el Dolor no era un delirio. De hecho, experimentaba tanto dolor que había dejado de fumar, algo que, para quienes saben que fumo como chimenea, era una clara señal de que algo muy grave estaba sucediendo. Una empleada del lugar, cuyo gafete podría haber dicho ENFERMERA CARA DE MIERDA, sugirió que me bañara en sales de Epsom para aliviar el “malestar”. Así como nunca llevarías una curita a un accidente de auto, tampoco harías que alguien con este nivel de Dolor se metiera en agua a bañarse en su propia suciedad. Pero recuerda que la realidad es un gusto adquirido, así que terminé por bañarme en sales de Epsom.

Ahí estaba yo, sentado, desnudo, con mucho Dolor, aullando como un perro siendo despedazado por coyotes. Erin me oyó; vamos, hasta la gente en San Diego me escuchó. Se apareció en la puerta del baño, y, al ver mi figura triste y desnuda retorciéndose de Dolor, me dijo:

—¿Quieres que te lleve al hospital?

Si Erin creía que la situación ameritaba una visita al hospital, entonces tenía razón. Además, ya se había dado cuenta de que yo había dejado de fumar.

—¡Me parece una idea estúpidamente buena! —dije entre aullidos.

Erin me sacó del baño como pudo y me secó. Comencé a ponerme la ropa otra vez justo cuando una consejera —a quien probablemente le habían avisado que quizás alguien estaba matando a un perro en las instalaciones— apareció en la puerta.

—Voy a llevarlo al hospital —anunció Erin.

Catherine, la consejera, resultó ser una hermosa mujer rubia a quien al parecer me le había declarado cuando recién llegué, así que probablemente yo no era su persona favorita. (No es broma. Estaba tan fuera de mí mismo cuando llegué que le propuse matrimonio, y, acto seguido, me caí de las escaleras.)

—Éste es un comportamiento típico de alguien que busca drogarse —Catherine le advirtió a Erin mientras yo continuaba vistiéndome—. Va a pedir que le den drogas en el hospital.

“Bueno, pues este matrimonio no puede suceder”, pensé.

Para este momento, los aullidos habían alertado a otras personas de la posible presencia de entrañas caninas esparcidas por todo el piso del baño, o de que alguien experimentaba Dolor de verdad. El jefe de los consejeros, Charles —piensa en un padre que era modelo masculino y en una madre indigente— se unió a Catherine en la entrada de la puerta para ayudarle a bloquear nuestra salida.

¿Bloquear nuestra salida? ¿Acaso teníamos doce años?

—Él es nuestro paciente —dijo Catherine con firmeza—. No tienes derecho a llevártelo.

—Conozco a Matty —insistió Erin—. No está tratando de conseguir drogas —luego Erin volteó a verme y

dijo—: ¿Necesitas ir al hospital, Matty? —Asentí con la cabeza y grité un poco más.

—Me lo llevo —afirmó Erin.

De algún modo, logramos salir de la habitación, abandonar el edificio y llegar al estacionamiento sin que Catherine y Charles nos detuvieran. Digo “de algún modo” no porque Catherine y Charles se hayan esforzado mucho por detenernos, sino porque cada vez que mis pies tocaban el piso, el Dolor se volvía mucho más agudo e insoportable.

Arriba en el cielo, mirándome con desdén, sin importarle mi agonía, se encontraba una brillante pelota amarilla.

“¿Qué es eso?”, pensé entre arrebatos de agonía. “Ah, el sol. Claro...”. Realmente no salía mucho al exterior.

—Vamos en camino con un paciente de alto perfil que presenta dolor abdominal severo —dijo Erin por su teléfono celular mientras abría el auto. Los autos son objetos estúpidos y ordinarios hasta que te prohíben conducirlos, en cuyo punto se vuelven cajas mágicas de libertad y muestras de una vida pasada exitosa. Erin me acomodó en el asiento del pasajero, y yo me recosté. Mi vientre se retorció de agonía.

Erin se subió al asiento del conductor, me volteó a ver y dijo:

—¿Quieres que lleguemos rápido o quieres que esquive todos los baches de Los Ángeles?

—¡Sólo llega, mujer! —alcancé a decir.

Para entonces, Charles y Catherine habían decidido aumentar sus esfuerzos para frustrar nuestro escape y ahora se encontraban de pie frente al auto, bloqueando

nuestra salida. Charles alzó las manos, con las palmas hacia nosotros, como para decir “¡No!”, como si la fuerza de sus garras pudiera detener los casi mil cuatrocientos kilos del automóvil.

Para colmo de males, Erin no podía encender el auto porque el vehículo requería un comando de voz *que le dijera* que debía encenderse (ya sabes, actuaba en *Friends*). Catherine y “el Palmas” no se movían. Una vez que entendió cómo encender el maldito auto, sólo quedaba una cosa por hacer: Erin aceleró el motor, puso el auto en *drive*, y lo condujo hacia una banqueta; la sacudida ocasionada por ese movimiento, que reverberó por todo mi cuerpo, casi me provocó la muerte. Con dos llantas sobre la acera, Erin aceleró, dejando atrás a Catherine y a Charles, y se incorporó a la calle. Sólo nos vieron alejarnos del lugar, aunque en ese momento yo le hubiera sugerido a Erin que los atropellara; no poder dejar de gritar es un estado aterrador.

Si todo esto hubiera sido un ardid de mi parte para obtener drogas, entonces me merecía un Óscar.

—¿Estás cayendo en los baches a propósito? No sé si te has dado cuenta, pero me estoy muriendo. Maneja más despacio —imploré.

Ambos teníamos lágrimas en los ojos.

—Tengo que manejar rápido —dijo Erin, y me miró con sus compasivos ojos marrones llena de preocupación y miedo—. Necesitamos llegar al hospital ahora mismo.

Fue más o menos ahí cuando perdí el conocimiento. (Por cierto, un diez en la escala del dolor implica perder el conocimiento.)

[Por favor, considera que, durante los próximos párrafos, este libro será una biografía más que un libro de memorias, porque yo ya no estaba presente para contar mi historia.]

El hospital más cercano a la casa sobria era Saint John's. Dado que Erin tuvo la precaución de llamar con antelación y alertar al personal sobre la inminente llegada de un paciente VIP, alguien nos recibió en el *valet parking* de Urgencias. Sin saber cuán grave era mi situación cuando llamó al hospital, a Erin le preocupaba mi privacidad. Pero la gente del hospital vio que algo andaba muy mal y de inmediato me llevaron a una sala de tratamiento. Una vez dentro, quienes estaban ahí me escucharon decir:

—Erin, ¿por qué hay pelotas de ping-pong en el sillón?

No había ningún sillón, y no había ninguna pelota de ping-pong; estaba delirando. (No sabía que el dolor podía hacerte delirar, pero bueno, cada día se aprende algo nuevo.) Luego el Dilaudid (mi droga favorita en el mundo) hizo efecto, y recobré el conocimiento por un momento.

Me dijeron que necesitaba cirugía de emergencia, y, de pronto, todos los enfermeros y enfermeras de California llegaron a mi cuarto. Uno de ellos se dirigió a Erin y le dijo que se preparara para correr. Erin estaba lista, y todos corrimos; bueno, *ellos* corrieron, a mí sólo me transportaron en la camilla a toda velocidad a una sala de procedimientos. El personal médico le pidió a Erin que saliera del cuarto tan sólo unos segundos después de que yo le rogara que se quedara, luego cerré los ojos, y no los volví a abrir hasta dos semanas después.

Sí, es correcto: ¡caí en coma, señoras y señores! (¡¿Y esos hijos de puta de la casa de vida sobria se habían atrevido a bloquear mi auto?!)

Lo primero que sucedió cuando caí en coma fue que broncoaspiré mientras estaba intubado, lo que provocó que mis pulmones se llenaran de la mierda que había almacenado durante diez días. Por supuesto, a mis pulmones no les gustó en lo más mínimo —de inmediato me dio neumonía—, y, para cerrar con broche de oro, me explotó el colon. Permítanme repetirlo para quienes no me oyeron: ¡me explotó el colon! Me han acusado de estar lleno de mierda, pero en esta ocasión tenían razón.

Me alegra no haber estado presente para ver esa escena tan terrible.

En aquel momento, era casi un hecho que moriría. ¿Fue desafortunado que me explotara el colon? ¿O, por el contrario, fue muy afortunado que sucediera en el único cuarto en el sur de California en donde podían hacer algo al respecto? Sea como fuere, ahora me enfrentaba a una cirugía de siete horas, lo que al menos les daba tiempo suficiente a mis seres queridos para correr al hospital. A medida que fueron llegando, a cada uno de ellos le dijeron: “Matthew tiene dos por ciento de probabilidades de sobrevivir la noche”.

Todos estaban tan conmocionados que algunos hasta se derrumbaron en el piso del *lobby* del hospital. Tendré que vivir el resto de mis días sabiendo que mi madre y otros seres queridos escucharon esas palabras.

Con siete horas de operación por delante y convencidos de que el hospital haría todo lo posible por salvarme,

mi familia y amigos se retiraron por la noche para descansar un poco mientras mi subconsciente luchaba por mi vida entre los bisturíes, tubos y sangre.

Alerta de *spoiler*: sí sobreviví esa noche, pero aún no estaba fuera de peligro. Los médicos informaron a mi familia y amigos que lo único que podía mantenerme con vida a corto plazo era una máquina de circulación extracorpórea (ECMO). Sugerir la utilización de una máquina ECMO es una medida desesperada que depende de un milagro; por ejemplo, durante esa semana, a cuatro pacientes en la Universidad de California en Los Ángeles (UCLA) les pusieron una máquina ECMO y todos murieron.

Para colmo, el hospital Saint John's no tenía una máquina ECMO. Entonces se pusieron en contacto con el hospital Cedars-Sinai; luego de echarle un vistazo a mi expediente, al parecer dijeron: "Matthew Perry no se va a morir en nuestro hospital".

¡Gracias, amigos!

UCLA tampoco quiso recibirme en su hospital —¿sería por la misma razón? ¿Quién puede decirlo con certeza?—, pero al menos estuvieron dispuestos a enviar una máquina ECMO y a un equipo de profesionales médicos. Pasé varias horas conectado a la máquina, y ¡al parecer funcionaba! Luego me transfirieron a UCLA en una ambulancia llena de médicos y enfermeros. (No había forma de que yo sobreviviera un viaje de quince minutos en auto, sobre todo con Erin al volante.)

En el hospital de UCLA, me llevaron a la Unidad de Cuidados Intensivos de Cardiología y Neumología, que

se convertiría en mi hogar durante las próximas seis semanas. Aún estaba en coma, pero, para ser honesto, casi puedo asegurar que me sentía en las nubes. Pasaba todo el día acostado, acurrucado y drogado. ¿Acaso hay algo que se le compare?

Me cuentan que, durante el tiempo que estuve en coma, nunca me quedé solo, ni una sola vez. Siempre había algún familiar o amigo en la habitación conmigo. Hasta organizaron vigiliias con velas e hicieron círculos de oración. Estaba rodeado de amor.

Con el tiempo, mis ojos se abrieron como por arte de magia.

[Ahora sí, volvamos a mis memorias.]

La primera cosa que vi fue a mi madre.

—¿Qué está pasando? —logré articular—. ¿En dónde rayos estoy?

Lo último que recordaba era estar en un auto con Erin.

—Te explotó el colon —dijo mi mamá.

Con esta información, hice lo que haría cualquier actor de comedia: entorné los ojos y me volví a dormir.

Me han contado que, cuando alguien está *muy* enfermo, ocurre una especie de desconexión y que a la vez se activa una función cuyo mensaje es parecido a “Dios sólo te da lo que eres capaz de manejar”. En mi caso, durante las semanas posteriores a que despertara del coma, me rehusé a que cualquiera me contara exactamente lo que había sucedido. Estaba aterrado de que fuera mi culpa; de que

me hubiera hecho esto a mí mismo. Así que, en vez de hablar sobre el tema, hice la única cosa que me sentía *capaz* de hacer: durante los días en el hospital, dediqué todo mi tiempo a mi familia, a mis hermosas hermanas, Emily, María y Madeline, quienes eran muy simpáticas y cariñosas y estaban *presentes*. Por las noches, estaba Erin. Una vez más, nunca me quedé solo.

Después de un tiempo, María —el eje alrededor del cual gira la familia Perry (mi mamá es el eje del lado de los Morrison)— decidió que era momento de contarme lo que había sucedido. Ahí estaba yo, enchufado a cincuenta cables como un robot, postrado en la cama, mientras María me contaba todo con lujo de detalle. Resultó que mis miedos no eran infundados: yo había ocasionado esto; era mi culpa.

Entonces, lloré. *Vaya* si lloré. María hizo su mejor esfuerzo por ser lo más compasiva posible, pero yo estaba inconsolable. Prácticamente me había suicidado. Nunca había sido muy fiestero; mi consumo de drogas (y hubo *muchas* drogas) era más bien un intento fútil de sentirme mejor. Créeme; llevé eso de sentirme mejor al extremo, al punto de casi quitarme la vida. Y, sin embargo, aún seguía aquí, estaba vivo. *¿Por qué?* ¿Por qué me había salvado?

No obstante, las cosas empeoraron antes de mejorar.

Me parecía que todas las mañanas entraba algún médico a mi habitación para darme más malas noticias. Si algo podía salir mal, salió mal. Yo ya tenía una bolsa de ostmía —gracias a Dios, al menos me habían dicho que esto era reversible—, pero al parecer ahora había una fí-

tula, es decir, un agujero en mis intestinos. El problema era que no la encontraban. Para ayudar a ubicarla, me pusieron otra bolsita que rezumaba una sustancia verde asquerosa, pero esta nueva bolsita significaba que tenía prohibido comer o beber cualquier cosa hasta que encontraran la fístula. Diario buscaban esa fístula mientras yo me sentía cada vez más sediento. Llegué al punto de rogar por que me dieran una Coca-Cola de dieta, y hasta soñé que me perseguía una enorme botella de Sprite de dieta. Después de un mes —¡todo un mes!—, finalmente encontraron la fístula en un tubo detrás de mi colon. Pensé: “Ey, muchachos, si están buscando un agujero en mi intestino, por qué no empiezan a buscarlo detrás de la MALDITA COSA QUE EXPLOTÓ”. Ahora que habían encontrado el agujero, podían empezar a arreglarlo, y yo podía aprender a caminar otra vez.

Sabía que me estaba recuperando cuando me di cuenta de que me atraía la terapeuta que me habían asignado. Si bien era cierto que ahora tenía una cicatriz gigante en el estómago, la verdad es que nunca fui de los que se quitaban mucho la playera. No soy ningún Matthew McConaughey, y cuando me baño, sólo me aseguro de mantener los ojos cerrados.

Como he dicho antes, durante toda mi estancia en aquellos hospitales, nunca me dejaron solo; ni una sola vez. Así que, *sí* hay una luz en la oscuridad. Está ahí; sólo hay que buscarla con las suficientes ganas para encontrarla.

Luego de cinco largos meses, me dieron de alta. Me dijeron que en cuestión de un año todas mis heridas internas habrían sanado lo suficiente como para someterme a una segunda cirugía que revertiría la bolsa de ostomía. Pero, por ahora, empacamos mis maletas y juntos hicimos el viaje a casa.

Y, por cierto, soy Batman.